



San Josemaría Escrivá

Fundador del Opus Dei

Portada - Documentación - Relatos biográficos - Un encuentro fortuito de un niño de 11 años con el fundador del Opus Dei

Un encuentro fortuito de un niño de 11 años con el fundador del Opus Dei

Rafael Poveda

"Uno de mis amigos, que ya había hecho la Primera Comunión y se había confesado otras veces en ese lugar, me recomendó que fuera al sacerdote que estaba en el segundo confesionario, que era joven y bastante simpático. Lo malo es que había una larga cola de chicos que esperaban a confesarse con él, y como ese día era mi cumpleaños y quería irme enseguida a la merienda que había preparado en casa con mis amigos, decidí confesarme con el primero, que tenía sólo tres o cuatro chicos haciendo cola".

Rafael Poveda Longo fue una de las primeras personas que pidió la admisión en el Opus Dei como agregado en 1950; trabajaba como administrativo en la Comisión de Abastos. Falleció en Madrid en 1992, tras largos años de fidelidad y entrega generosa a Dios y a los demás en el Opus Dei.

Su infancia tuvo un pequeño punto de contacto con la historia de los primeros años del Opus Dei: cuando tenía diez años, conoció a un sacerdote muy joven y simpático que apareció en su clase un día de mayo de 1929, en el colegio de las Damas Apostólicas en la calle Isabel la Católica.

Bastantes años después, siendo ya de la Obra, hizo un descubrimiento sorprendente. Viendo la película que habían grabado de un encuentro del Fundador con varios miles de personas en Buenos Aires, se dio cuenta de que aquel sacerdote joven que conoció en el año 1929 era precisamente el Padre. No le cabía duda, por una pequeña anécdota que contó el Fundador y que recordaba perfectamente, y puso por escrito:

«El día 10 de mayo de 1929, yo cumplía once años de edad. A primera hora de la tarde, fuimos a la Iglesia que tienen las Damas Apostólicas en la calle Nicasio Gallego. Nos juntamos un grupo de muchachos de diversos colegios de las Damas en Madrid, con idea de confesarnos, pues haríamos la Primera Comunión al día siguiente.

»Aquella iglesia era una capilla, no muy grande, y tenía dos hileras de bancos, con un pasillo central y dos laterales más estrechos. A la derecha de la nave, en unos espacios enmarcados por arcos, había dos confesonarios. El primero estaba en el mismo sitio donde sigue actualmente, nada más entrar a la derecha, y el segundo se encontraba más cerca del presbiterio, donde ahora está precisamente la sepultura de Doña Luz Rodríguez Casanova, que como he dicho era quien nos estaba preparando para la Primera Comunión y que falleció unos años más tarde en olor de santidad.

»Uno de mis amigos, que ya había hecho la Primera Comunión y se había confesado otras veces en ese lugar, me recomendó que fuera al sacerdote que estaba en el segundo confesonario, que era joven y bastante simpático. Lo malo es que había una larga cola de chicos que esperaban a confesarse con él, y como ese día era mi cumpleaños y quería irme enseguida a la merienda que había preparado en casa con mis amigos, decidí confesarme con el primero, que tenía sólo tres o cuatro chicos haciendo cola.

»Aquel sacerdote del primer confesonario era un hombre mayor, de buen peso y aspecto apacible. Empecé a confesarme y, después de hablar yo, el sacerdote estuvo un buen rato dándome unos consejos, pero en una voz tan baja que casi no le podía oír. Como se alargó bastante, me distraía contemplando la fila de botones de su sotana, que me parecía interminable. Entonces me pregunté cuántos botones tendría, y me vino el deseo repentino de contarlos. Cuando estaba casi acabando mi recuento, el sacerdote se dio cuenta y me preguntó qué hacía. Yo, con gran sencillez, se lo dije. Y se ve que le molestó bastante, porque se puso hecho un basilisco, dando unas voces que a mí entonces me parecieron tremendas.

»Entonces observé que mis compañeros del otro confesonario se estaban riendo ante el alboroto que yo había organizado. Al volver la mirada, vi también al segundo sacerdote, que asomaba la cabeza para ver cuál era la causa del revuelo. En ese momento reconocí a aquel sacerdote joven que daba catequesis en la Colonia de los Pinos y había venido al colegio a explicarnos la confesión.

»El sacerdote mayor, muy enfadado, me mandó ponerme frente al altar y pedir perdón al Señor por lo que había hecho. Y allí estuve, hasta que se acabó la cola y aquel sacerdote, que de nuevo presentaba un aspecto apacible, me preguntó con una sonrisa si me había arrepentido. Le dije que sí, y me fui a casa tranquilo, aunque con cierto disgusto porque acabé saliendo el último y se me hizo tarde para la fiesta de cumpleaños, y además me sentía humillado porque se habían

reído de mí todos los compañeros.

»Este episodio quedó como un recuerdo de una pequeña humillación pasada siendo niño, y la verdad es que nunca había llegado a contárselo a nadie. Pasaron más de cincuenta años, hasta que un buen día veo una película de una tertulia que tuvo en Buenos Aires en 1974 el Fundador del Opus Dei. Durante aquella tertulia, hablaba de aquella labor que hizo durante los primeros años de la Obra, confesando miles de niños que se preparaban para su Primera Comunión, y de pronto el Padre cuenta la siguiente anécdota:

— Iba a confesar niños y procuraba que me acompañase algún sacerdote un poco anciano, porque tratando con los niños los viejos se hacen de nuevo jóvenes. Una vez venía conmigo un sacerdote ya mayor, de aspecto venerable. Era un hombre de estudio que se había pasado la vida escribiendo, confesando, predicando... Quizá por eso había desarrollado una panza también venerable. La capilla donde íbamos a confesar no era muy grande, y estábamos bastante cerca uno de otro.

De repente oí ruido. Volví la cabeza y vi que aquel sacerdote —muy santo y muy manso— estaba como fuera de sí, riñendo a un niño. Cuando acabamos le pregunté: ¿qué ha pasado? Y me lo contó. Aquel amigo mío, ya mayor, se olvidó de que estaba confesando a un niño y se puso a hacerle muy seriamente algunas recomendaciones. Debió de alargarse y el muchacho, niño al fin, como se aburría, miró la venerable panza del sacerdote, se fijó en los botones de su sotana, tan brillantes, y comenzó a contarlos: uno, dos... Cuando aquel buen confesor se dio cuenta, le dijo: muchacho, ¿qué haces? —¡Treinta y cinco! ¡Le he contado treinta y cinco botones! Y mi amigo, tan manso y tan santo, se enfadó por no saber hacerse él también un poco niño.

»Al escucharlo —continúa Rafa—, sentí una impresión muy fuerte. Las circunstancias y coincidencias eran tantas y tan claras, que difícilmente podría tratarse de sucesos distintos. En aquel momento asocié de modo instantáneo el gesto y la figura vivaz de aquel joven sacerdote, que tan grabado quedó en mi memoria de niño, con la imagen que se puede observar del Fundador del Opus Dei en las tertulias filmadas.

»El hecho de que Mons. Escrivá, pasados tantos años, recordara con detalle aquella anécdota, me hace pensar que muy probablemente rezara en aquel momento por ese pobre chico que había protagonizado el pequeño incidente. Y pienso —concluye Rafa— que quizá aquella oración del Fundador haya tenido bastante que ver con mi llamada al Opus Dei, veinte años más tarde.

»A mí siempre me ha llamado la atención esa intensa actividad sacerdotal del Fundador por todo Madrid durante aquellos primeros años del Opus Dei. Visitaba barriadas pobres de las cuatro esquinas de la capital —Tetuán, Dehesa de la Villa, Campo del Moro, Vallecas, etc.—, atendiendo enfermos en las chabolas, ayudando a los niños y acudiendo a los hospitales para consolar a los que sufrían, buscando en el dolor los cimientos y fortaleza de la Obra que Dios le pedía. No contaba, dice él mismo, más que con “la gracia de Dios, buen humor y nada más. No poseía virtudes ni dinero. Y debía hacer el Opus Dei”.

»Dedicó miles de horas a esa labor, y estaba convencido de que si pudo sacar adelante la Obra fue “por los hospitales: aquel Hospital General de Madrid cargado de enfermos, paupérrimos, tumbados por la crujía, porque no había camas; aquel Hospital del Rey, donde no había más que tuberculosos, y entonces la tuberculosis no se curaba...”».

Lázaro Linares, *Antes, más y mejor*, Ed. Rialp, Madrid, 2001, pp. 43-49